

## TIEMPO Y ESPACIO, naturaleza ó realidad del Sér Supremo.

El ES del Espacio, es el ES de todo ES:—es así, que el Tiempo es ese ES:—luego, el Tiempo es el Sér Supremo.

(CONTINUACION.)

No sucede esto cuando por ejemplo decimos el ángel es un espíritu, porque á fuera de él está el alma humana que tambien es espíritu; pero ni uno ni otra son ni pueden predicarse jamás puros: ¿por qué? porque en estas dos sustancias espirituales hay composición, hay potencialidad, atributos incompatibles con la pureza y actualidad esencial del Sér Supremo. (1)

No creemos que pueda hablar con seriedad, para probar la omnipotencia del tiempo, cuando asegura que «esta idea está en la conciencia del labrador y del pescador cuando al empezar sus labores ó tareas, surge de los senos de su alma este grito: ¡el tiempo nos ayude! que equivale: ¡Dios nos ayude!» Esto no merece sería refutación: apelamos á esa misma conciencia y testimonio del labrador, pescador, y otra cualquiera que invoque semejante auxilio: ellos nos dirán lo que entienden por Dios y por tiempo, y el poder que á cada cual atribuyen: que por la ayuda del tiempo entienden aquel estado atmosférico más conforme á conseguir con más facilidad y con ménos trabajo el fruto de sus tareas ó fin que respectivamente se proponen; y que piden á Dios les conceda el estado de tiempo que creen conveniente. (2)

(1) Muy bien. Eso mismo significamos nosotros en nuestro texto. El señor obispo no nos comprendió ó nos hemos expresado mal. No hay espíritu más puro que lo increado (Tiempo y Espacio), Sér Supremo. El Tiempo y el Espacio es lo único que hay puro por esencia: lo demás nó.

(2) Ya hemos dicho que al iniciar nuestra teoría en la Historia de Galicia, lo hicimos de una manera *incompleta* y algunas veces hasta absurda, pues confundimos el Tiempo con la temperatura y pecamos hasta de panteistas, cuando nuestra teoría nada tiene de panteista, segun hemos demostrado al ocuparnos de lo increado (Tiempo y Espacio, Dios) y de lo creado ó creacion (todo lo demás en el universo).

«Sin tiempo nada se hace, y por eso es todopoderoso.» ¡Sobervio invento! reservado á la intelectualidad del pensador ferrolano, que confunde las condiciones sin las cuales no pueden obrar los séres contingentes con su misma efectividad, y que de la necesidad de un medio deduce su omnipotencia. ¡Qué lógico! Cuánto mejor le fuera mientras se entretuvo en concertar su desdichado sistema, estudiar las nociones de una sana dialéctica: pero ya dice en una nota que le repugnan semejantes *fioritures*, á las que la época llama dialéctica, y él apellida *rimbombancia*. No obstante su autotelismo, se adivina fácilmente que ha ido para forjar su sistema á consultar la doctrina del Gassendo, victoriosamente rechazada y hecha trizas por los filósofos tomista: por eso sin duda desconfía de que adquiera grandes simpatías, lo cual sin embargo le tiene sin cuidado, dice. (1)

Pasalos en silencio otros parrafitos en que el autor, dando vueltas y más vueltas, parece intenta propinar el veneno del panteísmo, (2) avancemos á ver como expli

(1) Aquí cantamos la palinodia, pues efectivamente hemos expresado mal entónces la omnipotencia del Sér Supremo. Por consiguiente, tanto los epigramas que contiene este párrafo del prelado como los que contiene el párrafo anterior, los merecemos en todo rigor. El espíritu puro Tiempo y Espacio es todopoderoso porque, siendo espíritu puro superior á todo espíritu, y el único *increado*, todo lo produjo en su seno,—y la prueba de esto es, que el Tiempo y el Espacio es lo *único* que en el universo *es por si mismo*, y nada, nada y nada, ni aún el dios *ideal* ó Dios X del catolicismo, *puede ser sin él*, Tiempo y Espacio.—Demuéstre-nos lo contrario.

(2) No somos panteistas, ni lo es hoy nuestra teoría. No creemos en el panteísmo absoluto (*pan todo, teo Dios*), y si en el absoluto monoteístas (*mono uno, teo Dios*). Nuestro monoteísmo no puede ser más evidente puesto que proclamamos la naturaleza del *Es Supremo* en el único espíritu puro que hay, Tiempo y Espacio, ó *Es del Espacio*; en lo que es causa y efecto á la vez de si mismo: en lo que es por si propio inmanente y puede ser sin todo lo demás que se conoce,—al paso que nada de cuanto se conoce puede ser sin su sér.

Entre el monoteísmo y el panteísmo, nuestra teoría es la única que hasta el dia deslinda claramente los campos,—pues podemos concebir al Sér

ca el inefable y augusto misterio de la encarnacion del Verbo; misterio que no ha de salir mejor librado de su autotélica fantasía que el de la naturaleza y atributos

Supremo en el espíritu puro Tiempo y Espacio, sin más nada, sin más accesorio material ó ideológico! si bien no podemos concebir nada de cuanto es en su es, sin este último es,—sea cualquiera su *modalidad* ó modo de ser. Respecto á la identidad purísimamente intrínseca del Tiempo y del Espacio, basta decir que el Tiempo es el es del Espacio,—y esto sólo extingue toda duda, aun cuando no estuviere en nuestro favor el *incommovible argumento* de Newton «no hay tiempo sin espacio ni espacio sin tiempo».

Nuestra teoría no puede ser más clara y luminosa dentro de la *crítica de la razon pura* de Kant,—porque ¿no es, según vosotros, el Sér Supremo el *sér de los sérés*? Si.—Pues bien ¿no es, según la ciencia, el es del Espacio el *es de todo es*? Si.—¿Quién está, entonces, en lo firme, nosotros ó vosotros? Acabad de confesar dónde está la luz de la verdadera gracia divina, ciegos!

Pero— aun cuando acabamos de demostrar, y lo hemos demostrado más veces, que el Es Supremo es *por sí*, y enteramente independiente de su obra, *la creación*,—entiéndasenos bien,—esto lo decimos respecto á la parte *material* de la *creación*, no respecto á la parte *espiritual* de la misma, pues la parte espiritual de nuestro sér, de el es del Espacio viene y á el es del Espacio vuelve en la muerte. Si así no fuere, el Es Supremo (Dios) entonces no sería nuestro Padre como afirmó Jesucristo con mucha razon, y los hijos *algo* hemos de tener de nuestro Padre, sino Dios no lo sería nuestro;—siguiéndose de aquí que los cristianos son sumamente panteístas en el orden espiritual. Ya ven, pues, los católico que al condenar tanto el panteísmo llamándolo *veneno*, incurren en una contradicción horrible, absurdísima, despojada de todo criterio, á no ser que ellos se coloquen franca y resueltamente fuera del cristianismo.

Explicaremos aun mejor esta idea.

Dios (Tiempo y Espacio) es el único espíritu puro que existe por sí incorpóreo, y es Padre de todo otro espíritu corpóreo ó incorpóreo. La incorporabilidad ó inmaterialidad de Dios, es un objetivo que vemos sin gran esfuerzo, al considerar el Espacio despojado de astros, personas y cosas, y de todo fluido ponderable ó imponderable, resultando de esto un es vivísimo (Tiempo), inmutablemente perfecto y actualísimo, *presente* donde quiera;—y esta ubiquidad ó esta presencia de todas las cosas, no solamente en el Es Supremo, sino para el Es Supremo, constituye la *inteligencia* divina universal, en la cual ese Es purísimo (Tiempo) refiere su esencia á sí, como un Es en sí y para sí: de aquí se sigue, que si no fuéramos sérés dotados á nuestra vez de *inteligencia* relativa y adquirida *espiritualmente de El*, no percibiríamos á ese Es purísimo (Tiempo);—y como es tan objetivo que existe independientemente de que lo percibamos ó no, no podemos considerarlo como una mera *forma* de nuestra intuición, según Kant lo

de Dios. (1) Indiquemos siquiera los puntos más culminantes. «Pues bien: la Divinidad para dar ejemplo de vida se hizo hombre» ¡Error gravísimo! (2) La Divinidad es, y así lo supone este término, la naturaleza divina, existente toda en el Padre, toda en el Hijo, y toda en el Espiritusanto: y como no se hizo hombre el Padre ni el Espiritusanto, sino sólo el Hijo, no puede asentarse sin faltarse á la fe que la Divinidad encarnó. (3) Error era este de Sabeno, de los Pa-

ha pretendido. (Cuando Kant dió esta definición estaba *soñando*, pues sólo en sueños, el tiempo y el espacio son formas particulares de nuestra imaginación, no una *realidad general* á todos como el verdadero Tiempo y el verdadero Espacio).

Este Es Supremo (Tiempo) intrínsecamente espiritual en el Es actualísimo del Espacio para la percepción de todos, es nuestro Padre en cuanto al espíritu, porque nuestro espíritu es átomo, por decirlo así, de su Espíritu Supremo; así como nosotros somos hijos de nuestros padres carnales en cuanto á la materia, puesto que hasta su *forma* revestimos, y la expresión de sus ojos, y el metal de la voz, etc., y hasta casi sus enfermedades ó vicios de organismo, estructura ó *forma*.

Síguese de aquí, que si Dios es, y nosotros lo creemos, efectivamente nuestro Padre, en el orden espiritual, según dijo Jesucristo, y todo hijo tiene *algo* de su padre sino no lo es ¿por qué se irritan tanto los católicos contra el panteísmo? Si de Dios venimos y á Dios hemos de volver según la ciencia ¿por qué también eso que llaman la ciencia tronó tanto contra Spinoza, cayendo á la vez todos los filósofos en el panteísmo?—Bajo cualquier forma que se considere la cuestión, el espíritu del hombre ni en esta vida ni en la eterna es *independiente* de la esencia intrínseca del Tiempo y del Espacio (Dios). Siempre es *en esa esencia*, ya corpórea ó incorpóreamente.

(1) La violencia que hicimos para explicar la encarnación del Es del Espacio en el hijo de José y de María, debía dar por resultado una afirmación monstruosa. Pero de no hacerlo así ¿nos tolerarian lo poco de nuestra teoría que formulamos entonces?

(2) No sólo error gravísimo, sino que es imposible de toda imposibilidad, puesto que la divinidad, como perfección de toda perfección, no pudo ni puede ser *más ni menos* de lo que fué, es y será. Pusimos eso, porque como entonces no habia la libertad de razonar que hoy, si manifestáramos que no creíamos en la divinidad de Jesucristo, no nos dejarían pasar lo poco de nuestra teoría que nos dejaron.

(3) El Sér Supremo es indivisible por la misma razon porque es inmutable. No se puede dividir en primera, segunda, tercera ni cuarta persona: es espíritu puro que está perfectamente igual en todas sus partes; el es *de todo es* y el *es en* que es todo,—porque como dice muy bien San Pablo á los atenienses:

«El Dios que hizo el mundo y todas las cosas»

triplicianos, y de cuantos no admiten distincion real entre las Tres Divinas Personas. Pero aun tenemos otro de tanta trascendencia; pues asegura el Sr. Vicetto que la Divinidad se hizo hombre *para dar ejemplo de vida*. ¿Nada más? y la redención ó rescate del género humano, (1) de todos los hombres incluso él impugnador, fin primario y principal de la Encarnacion, para donde se queda? Lo mismo que el nuevo teólogo se espresaba ni los Pelagianos, soci-nianos, Kuakeros, Methodistas, San Simonianos y Racionalistas, unos y otros mil veces condenados yá por la Iglesia. Lea y estudie, si quiere salvarse, (2) el simbolo

que hay en él, como es Señor del cielo y de la tierra, *no mora en templos hechos de mano.*»

«No es servido por manos de hombres, como si necesitase alguna cosa, puesto que él dá á todos vida, y respiracion, y todas las cosas.

«No está lejos de cada uno de nosotros.»

«Porque *en él mismo vivimos* (el Tiempo, vida de toda vida) *y nos movemos* (el Espacio), *y somos* (el Tiempo, ser de los seres).»

Si esto de San Pablo no bastara ¿no conocen los teólogos católicos que siendo Dios segun ellos y segun la ciencia *espíritu puro que está en todas partes*, desde el momento que lo *humanizaron* en el hijo del carpintero de Nazareth, desde ese momento la divinidad deja de ser tal divinidad? Lo más estupendo de esta metamorfosis grosera, es la romancesca afirmacion de que Dios se hizo hombre, *sin dejar por eso de ser Dios*; cuando la mayor de las perfecciones del Creador consiste en su [indivisibilidad ó inmutabilidad; en que no puede ser más ni puede ser ménos en cualquier punto de sí mismo (Espacio), ni en cualquier instante de sí mismo (Tiempo).

Este antropomorfismo, esta mania de hacer de lo divino humano y de lo humano divino, ya data de mucho ántes del nacimiento de Jesús, pues 600 años ántes de la era vulgar, Xenófanes ó Jenófanes, célebre filósofo griego, jefe de la escuela eleática, lo combatió razonadamente al proclamar la perfecta unidad de Dios;—conservándose hasta nuestros dias aquella sublime sentencia suya, que dice: «El, permanece siempre en sí mismo, sin cambio alguno; no se traslada jamás de un lugar á otro, porque es idéntico á sí propio.»

Los que admiten esas transformaciones imposibles tratándose de Dios, destruyen inconscientemente su ubi-quitad, su presencia por igual en todas partes, ó sea en sí mismo, Espacio y Tiempo.

(1) De qué nos había de rescatar? De qué pecado? ¿Del original? Ningun ser es responsable sino de sus faltas propias, Dios no sería Dios, no sería el justo sobre todos los justos, si castigara en nosotros las faltas de nuestros padres. Además, las faltas de nuestros padres, es poesia pura del Génesis.

(2) Salvarnos de qué? Qué faltas hemos co-

que tanta obligacion tiene de saber y confesar, y en él hallará la sana y consoladora doctrina acerca de nuestro amantísimo Señor Jesucristo; allí verá que fué el Hijo de Dios, no la Divinidad, el que encarnó, nació y padece ó muerte afrentosa, «*propter nos homines et propter nostram salutem*» aunque creemos que tambien vino para enseñarnos con la palabra y con el ejemplo una doctrina dogmática y moral que algo más debieran muchos respetar. (1)

PONCIANO, Obispo de Mondoñedo.»

(Se continuará.)

metido cuando la primera de nuestras dulces satisfacciones, despues de la de adorar al Sér Supremo, es la de mirarnos en el cristal purísimo de la conciencia? Los que deben tratar de salvarse son los sempiternos escribas y fariseos; que explotan el idealismo deístico; que á nombre del Dios X venden patentes de paraíso á las gentes oscuras de este mundo á fin de que puedan disfrutar despues en el otro de la *presencialidad sempiterna*, y á los cuales llamó el mártir del Gólgota *raza de vivos, sepulcros blanqueados*.

(1) Más respetamos las máximas de Jesucristo los que no blasonamos de católicos que algunos ó muchos de los que las tienen en los labios en el pulpito y no en el corazón ó en la vida práctica. Nosotros no llevamos la perturbacion á las familias, ni asustamos á la muger en el confesionario, ni fanatizamos á la juventud, ni pervertimos á la niñez, ni escandalizamos las poblaciones con nuestros excesos, ni rompemos nuestros votos con hipócrita vida licenciosa, ni cometemos pecados de simonia, ni hacemos de religion alguna la máscara de nuestros apetitos desenfrenados,—porque no somos, ni hemos sido ni seremos *raza de vivos ni sepulcros blanqueados*,—enérgicas frases con las que el manso cordero del Calvario condenó á los fariseos de su época, hermanos consanguinarios de los fariseos de la nuestra. Nosotros—por el contrario—descubrimos nuestra cabeza y saludamos con veneracion á los sucesores de los apóstoles, que pobres y olvidados del mundo, practican las obras de misericordia, se sacrifican por sus hermanos, viven la vida del Evangelio, aman á los buenos, animan á los tibios, convierten á los malos y tienen por armas la caridad, por argumento las lágrimas, por recurso el cariño, por escudo la paciencia, por corona la sabiduria, por móvil el amor al prójimo. Nosotros amamos al cristiano, no al católico. Nosotros amamos á Dios ó á toda doctrina que nos conduzca á El, *no á la iglesia* ó á toda doctrina que se quiera hacer superior á El.

B. VICETTO.

(Se continuará.)

## À GALICIA.

*Airiños, d'a miña terra,  
airiños, airiños, aires,  
airiños, levám' á ela.*

Balada del país:

Ayl! despierta, adorada Galicia,  
de ese sueño en que estás aplanada;  
de tu gran porvenir la alborada  
por el cielo extendiéndose vá.

Ya cantando tus hijos te llaman,  
con los brazos en cruz se desvelan...  
Desdichados! lo que ellos anhelan  
es un beso de amor maternal.

De ese suelo feliz arrancado  
por la mano del negro destino,  
hasta mismo soñando imagino  
esos campos risueños cruzar;

y correr por las huertas y prados  
donde leda pasára mi infancia,  
respirando la grata fragancia  
del jazmín, del clavel y azahar.

Creo ver esas rias serenas,  
espumando con barcos veleros,  
y cantares oír hechiceros  
cual ningunos tan dulces of.

Hasta creo sentir las calandrias,  
que se elevan al aire cantando.  
cuando el sol va las nubes pintando  
de amarillo, de fuego y carmin.

A través de aguzados peñascos  
pienso ver extendidos los cotos,  
viñas, huertas, dehesas y sotos  
que sacuden los vientos del Sur,  
y saltando regueros y cereas,  
veo luego otros mil horizontes,  
otras vegas, marinas y montes,  
que se pierden en la niebla azul.

Sueño ahí que entre verdes perales  
de las zambras alegres disfruto,  
cuando el cielo se cubre de luto  
en las mágicas noches de abril;

y que en medio de niñas gentiles,  
canta un mozo con voz placentera,  
inclinando hácia atrás la montera,  
una oreja tapándose así.

Soñé ver en la cambre del Pindo, (1)  
de laureles y mirtos cubiertos,  
escritores, poetas, guerreros,  
abrazados con fervido afán;  
eran esos los hijos más caros,  
que á la pátria cubrieron de gloria:  
ya sus nombres por fin en la historia  
con diamantes grabados serán.

Y despues una máquina rara  
vi moverse con agua candente  
y silvando cual una serpiente  
como un rayo los campos cruzó:  
era aquello el futuro que suena,  
y transforma lugares en villas...  
Adios cantos y musas tranquilas!  
de la industria el reinado empezó.

Vuelvo en mi... y aquel sueño dorado,  
como el humo pasó de repente,  
y abatido mi pecho se siente  
de tristeza y amor pa' pitar.

Murmuré:—«¡Idolatrada Galicia!...»  
(y llovian mis ojos ardientes)  
«¿quién pudiera ver en tus fuentes,  
y tus auras feliz respirar!!»

«De ti léjos, rincón adorado,  
yo mirrándome estoy de amargura,  
como fruta que va ya madura  
y entre zarzas el viento lanzó»

«Tengo envidia á la audaz golondrina  
que á ti llega por todos los mayos...!  
tengo envidia á las nubes y rayos  
que el Sudeste á esas tierras levól...»

«A ti vuela entre ardientes suspiros  
y en las trémulas alas del viento,  
la tristeza de mi pensamiento  
que por siempre clavado está en tí.»

«Por diversos países que vaya,  
tú serás mi más dulce memoria...  
¡Mismo entrar no quisiera en la gloria  
sin, primero, pasar por ahí!!!

FRANCISCO AÑON. (1)

Madrid, 1860.

## TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

### EL PUENTE DA.

#### IV.

#### El esposo ultrajado.

D. Gutierre permaneció un momento más con-  
templándola, hasta que cerrando las hojas, la luz  
que alumbraba aquella cámara, no pudo seguir re-  
flejándose por los cristales.

Entonces, al desaparecer aquella cinta de fue-  
go, el señor feudal se retiró de su ventana, ocul-  
tó su daga entre los pliegues de su jubon de piel de  
búfalo, y se dirigió paso a paso hácia la cámara de  
su esposa.

Cuando entré en el corredor más inmediato á  
ella, lo cruzaba al mismo tiempo una doncella que  
conducía un libro voluminoso, en folio y con forro  
de pergamino; ediciones y encuadernaciones de  
aquellos tiempos en que sólo se escribían las mila-  
grosas vidas de los santos y las no ménos milagrosas  
vidas de los reyes por los monges de Sobrado ó de  
San Martín Pinario.

—¿A dónde vais? le preguntó D. Gutierre brus-  
camente.

—A llevar este libro á la señora, contestó la ca-  
mera. Quiere leer como todas las noches.

—Retiraos; le ordenó el señor feudal.

Y la camarera se retiró.

D. Gutierre llegó á la puerta de la cámara de  
su esposa, y pareció vacilar un momento ántes de  
abrir.

Entró por fin.

(1) Pindo de Galicia.

(1) Traducida esta poesia del gallego, por nuestro  
amigo don José Antonio Perez.

Sólo ella, tan sólo la joven hermosura se dibujaba en el fondo de la cámara, á la pálida luz de una pesada lámpara de plata.

Se hallaba sentada en un sillón, y al ver entrar al señor feudal se levantó y corrió á su encuentro.

—¡Oh señor!... murmuró afectuosamente.

Y le tendió sus brazos.

—Apartad, señora, apartad; dijo él con aspereza.

Y la rechazó con fuerza.

A este brusco ademán y á la fiereza con que don Gutierre pronunciara aquellas palabras, la dama se quedó inmóvil á pocos pasos de él, y contemplándolo con estupor por algun tiempo.

—Sentaos; ordenó él con imperio.

Y se sentó al mismo tiempo en un sillón.

Ella permaneció de pié, sobrecogida aún de sus bruscas palabras y de la horrible expresión de su semblante, contraído por la cólera que rugía en su pecho sordamente.

—¡Ah! ¿qué teneis, esposo mio? murmuró al fin conmovida de espanto.

—Sentaos; volvió á ordenar él nuevamente.

Entonces ella, sin proferir una palabra más ni la menor exclamación de asombro ó de sentimiento, se dejó caer en un sillón dolorosamente.

Al verse así obedecido, el feudal señor acercó su sillón al de doña Leonor, y sentado también enfrente de ella, clavó en su rostro una mirada fija y graciosa que la hizo estremecer de angustia.

—Señora, dijo en seguida con voz lenta y desgarradora; ya he sufrido bastante tiempo todo el ridículo de vuestras liviandades, y ha llegado la hora de que mi corazón responda á tanto agravio, castigando á los culpables sin compasión alguna.

El se detuvo al llegar á estas palabras; y ella, que no comprendía el objeto que las producía, tendió hacia él sus brazos en ademán de súplica.

—¡Pero, Gutierre!... ¡Gutierre mio! balbuceó.

—¡Silencio! interrumpió él con aspereza; ni una palabra más, señora! ni una palabra más de piedad por vuestra desenvoltura!

Y se agitó en el sillón ferozmente.

—¡Piedad! continuó el con avargo acento. ¿Qué piedad tuvisteis vos de mí? ¿vuestro esposo! ¿Qué piedad tuvo él de mí? ¿su hijo!

—¡Pero, Dios mio!... imploró ella aún como exigiendo de su esposo una explicación más clara; ¿cuál es mi falta? ¿Cuál es mi culpa para que así os presenteis en mi cámara, no como un esposo, sino como un juez?

—Vuestra falta... vuestra culpa... murmuró él con acrimonia; ¿y aún me lo preguntais, señora? ¿Aún teneis valor para demandarme vuestra falta, y vuestra culpa! ¡Oh! ¡Dios tenga piedad de vos, señora señora, si Dios puede tener piedad de las adúlteras!

—¡Ah! respiró ella á esta denominación de su crimen, adúltera; ¡yo adúltera... ¡yo, Gutierre!

Y se levantó con la dignidad de una reina.

—Sentaos, señora; ordenó él.

—¿Para qué, señor? ¿para qué he de oír por más tiempo vuestra calumnia?

—¡Calumnia! repitió él.

Y una sonrisa amarga contrajo sus labios. Tal era la confianza que se tenía en aquellos tiempos en cualquier delación funesta.

—Calumnias! volvió á repetir aún con más acrimonia; calumnias vuestros livianos amores con mi padre!

—Vuestro padre! repitió ella; con vuestro padre! Oh! esto es el colmo de la impiedad y de la infamia.

—Si, contestó él; el colmo de la impiedad y de la infamia, es vuestra conducta deshonorosa.

—Señor... yo no puedo oír por más tiempo vuestras palabras; gritó ella; al manchar mi conducta con una calumnia, os han vuelto loco, completamente loco ó trastornado. Salid, don Gutierre, salida de mi cámara al instante!

Y revistiéndose á su vez de imperio, le señaló con energía la puerta de la cámara.

—Silencio, señora, y sentaos; gritó él precipitadamente.

Y como ella continuase en pié, se levantó y la cogió por un brazo obligándola á sentarse.

—¡Oh! gritó ella; estais completamente loco, señor; os han vuelto el juicio con una calumnia horrosa.

Y se desbizo en lágrimas.

Pero ni sus palabras ni sus lágrimas encontraron eco en el corazón del señor feudal. Fijo en sus ideas de venganza, su corazón estaba cerrado para todo sentimiento de piedad y sus facultades intelectuales las absorbía aquella sola idea.

Así que, no pudiendo contener por más tiempo sus instintos sanguinarios, se precipitó sobre su esposa con la daga en la mano.

Ella se quedó inmóvil, pálida y fria como una estatua al ver brillar la fatal cuchilla.

Ni un grito, ni una exclamación brotó de sus labios.

—Señora, balbuceó él; id á contar al infierno como el señor de Parga castigó el adulterio de su esposa!

Y la dió de puñaladas.

Tampoco esta vez, al enterrarse en el pecho de doña Leonor la daga que blandía su esposo, sus labios se entreabrieron para exhalar el menor grito, la menor exclamación de angustia ó de terror.

Cayó con la resignación de un mártir, y murió con el valor de una santa, confiando en la justicia divina.

B. VICENTO.

(Se continuará.)

## Á VIVERO.

(Fragmento de una leyenda.)

¡Vivero! entre las ondas  
del piélagos rugiente  
que baña sus riberas,  
do mora eterno abril,  
eleva envanecido  
su vigorosa frente  
endina de los mares,  
apacición gentil.

En tanto que las olas  
allí rugientes luchan  
contra las negras rocas

con albicante hervor,  
tranquilos y amorosos  
en alta mar se escuchan  
los cánticos sencillos  
del pobre pescador.

Un cielo transparente  
en torno le circunda  
como flotante gasa  
de vaporoso tul,  
y el Landro cri talino  
sus cármenes fecunda,  
las flores reflejando  
en su corriente azul.

En medio de los mares  
besado por la espuma  
las ruinas de un castillo  
del Templo yo admiré,  
y vi á sus caballeros  
en medio de la bruma  
blandiendo sus espadas  
por la cristiana fé.

Por la llanura inmensa  
de sus revueltos mares  
surcar vi cien bajeles  
de la riqueza en pós,  
el pobre marinero  
mirando á sus hogares  
bañado con sus lágrimas  
mandábale un adios.

¡Vivero! yo te he visto  
al rayo de la luna  
cual ave que en su vuelo  
cansada desmayó,  
cercana de tus olas  
rodó mi pobre cuna.  
la brisa de tus mares  
mi sien acarició.

Por eso aquí en mi seno  
conservo una memoria  
de tu encantada playa,  
de tu soberbio mar,  
recuerdo el más tranquilo  
de mi pasada historia:  
por eso mi cariño  
te ofrece este cantar.

1864

JOSÉ CASTRO PITA.

## LITERATURA GALAICA.

Galería de Gallegos Ilustres.

Si con verdadero placer tomo alguna vez la pluma, nunca lo es tanto en verdad, como cuando lo hago para enaltecer á Galicia, y para ensalzar á los afamados hijos de este suelo florido.

Entre los poetas contemporáneos que hoy figuran en primera línea en Galicia, puédesse contar, sin temor á que se rebata mi opinion, á mi amigo el inspirado jóven, hijo de Vigo, don Teodosio Vesteiro y Torres.

Cuando estudiaba en el seminario de Tuy, entre las oscuras crugias del claustro, daba su inspirada y modesta lira conocimientos de lo que

más adelante habia de valer, el naciente literato.

¡La música y la poesia! Sentir y llorar en canoras melodias, sabe á la perfeccion Teodosio Vesteiro. ¡Dichoso él! ¿Qué mayor gloria que componer la lastimera trova, que rebosando amor, puede luégo preludiar al piano?

Desapareció Vesteiro de Galicia, que aunque tiene un cielo risueño y un campo fértil, es un campo demasiado estéril para el ingenio tomar alas, y un dia el eco de su laud resonaba en Madrid, centro de la literatura española.

Continuó escribiendo; pasó largas noches de insomnio; sus versos adornaron las columnas de afamados diarios, y el público curioso preguntaba: —¿Quién es Teodosio Vesteiro?

El eco se perdía en el espacio; pero la fama iba adelantando camino, y no faltó quien con orgullo exclamara:

—«Ese jóven es un poeta gallego: nació allá en unos apartados arenales y se inspiró al arrullo de unas blanquecinas ondas, de una no ménos pintoresca y gentil ciudad.»

Todos leyeron con avidez sus poesias; todos gustaban de sus artículos históricos

El oscuro hijo de Galicia comenzaba á recoger el fruto de su laboriosidad.

Comenzaba á adquirir gloria.

Posteriormente se dedicó á escribir una *Galería de gallegos ilustres*.

Su primer tomo que contiene los «Poetas de la edad media», es un ramillete artístico de renombre mérito: estilo correcto, verdad en los hechos, galanas frases, etc., encierran las páginas del tomo.

Tambien sus versos, elogiados benéficamente en general, y sobre todo analizados por el ilustrado crítico de «El Imparcial», señor Revilla, merecen adornar la selecta biblioteca de todo hijo de esta sufrida region galaica.

Estos dias se ha puesto á la venta el segundo tomo de su escogida *Galería*, y si con avidez se leé el primero, con entusiasmo se leé este: allí se encuentran fielmente representados «Pardo de Cela», «Viriato el Régulo», «Villandrando» y tantos otros preclaros paladines del gallego país.

Mis plácemes son como gota de agua en el inmenso océano; se pierden sin que se les escuche el eco; pero son plácemes del corazón sincero del amigo, y del compañero, que orgulloso y con fervido y entusiasta acento exclama:

«Paso al moderno vate de mi Galicia.»

JUAN NEIRA Y CANCELA.

Coruña, setiembre 25 de 1874.

A...

Es la virgen que yo adoro  
pudorosa sensitiva  
que apenas la toca el aire  
de mis amantes caricias,  
veladora de su encanto  
sus hojas plega ofendida.  
No de mi amor... porque sabe  
que es puro... como ella mi ma...

como el color nacarado  
de su frente alabastrina...  
como sus ojos rasgados  
cuando candorosos miran,  
y su alma virgen revelan  
en sus hermosas pupilas.  
Puro, sí... como la nieve  
y el carmin que en vaga tinta  
dan vida, encanto, frescura  
y color á sus mejillas...  
como su pequeña boca  
que á castos goces convida  
cuando el coral de sus labios  
entabriendo una sonrisa,  
deja ver para martirio  
de las almas que cautiva,  
gracioso menú los dientes  
que dán al marfil envidia...  
puro en fin... como el conjunto  
de sus gracias peregrinas...  
que no hay pincel que las pinte,  
ni palabras que las digan.

No mis amores la ofenden  
porque leyó el alma mía,  
y siendo la única dueña  
de los secretos que abriga,  
sabe bien que no hay en ellos  
ninguna idea mezquina,  
que prostituya la esencia  
de este amor que en mí se agita,  
purísimo sentimiento  
que me hace amable la vida,  
porque la negra borrasca  
de mis pesares disipa...  
Amor... que la flor revive  
de mi esperanza marchita...  
que mis dudas esclarece...  
y mi fe mantiene viva...  
blanco cendal donde enjugo  
las lágrimas desprendidas  
de mis ojos cuando lloran  
las mundanales falsías...  
amor íntimo, entrañable  
que me conforta y me anima  
á luchar con la calumnia,  
la insensatez y la envidia...  
norte de mis ambiciones...  
germen de mi poesía...  
único y luciente faro  
que á la gloria me encamina,  
página la más hermosa  
de la historia de mi vida.

Cuando de amores muriendo  
fijó la mirada mía,  
en los castisimos ojos  
que mis sentidos hechizan...  
—«No me mires... No me mires;»  
dice con voz argentina...  
tan simpática y tan dulce  
como el gemir de la brisa,  
cuando las azules ondas  
del mar sosegado riza,  
en una noche de agosto  
pura, serena y tranquila...  
con voz más llena de encanto

de amor y melancolía  
que el arrullo que en la selva  
lanza la tórtola herida;  
—«No me mires... No me mires;»  
dice trémula y suspira...  
no mi amor burlando ingrata,  
ni de mi amor ofendida,  
pero sí de que mis ojos  
con sus miradas impidan  
que se extasie su alma  
en las inefables dichas  
de un amor puro y sublime  
que ambicionó desde niña:  
por eso plega sus hojas  
pudorosa sensitiva,  
apenas la toca el aire  
de mis amantes caricias.

AURELIO AGUIRRE GALARRAGA.

Santiago—1858.

### GALICIA PINTORESCA.

#### EL CASTILLO DE MONFORTE DE LEMOS.

##### I.

Confío poco en mi pluma y mucho ménos para descripciones de obras de arte, por más que tenga algunas nociones de la ciencia de la construcción. Si había de escribir este artículo con algún acierto, comprendo que debieran serme conocidos los sistemas de fortificación empleados en la época del feudalismo, cuyas obras tenían que acomodarse al carácter feroz de sus guerras y á la clase de armas que se usaban entónces. Así podría deducir y explicar por las condiciones naturales y estratégicas de esta plaza fuerte, la verdadera situación de su glácis, de sus fosos, de sus puentes levadizos y rastrillos, de sus parapetos y banquetas, de sus torres y minaretes flanqueando los muros llenos de aspilleras y cuyas obras abandonadas hoy, despues de haber luchado con tantas tempestades y huracanes, y despues de haber sido poco respetadas por la mano destructora del hombre, se conservan en ruinas en este promontorio de tierra y roca-pizarra, elevado en el centro de la llanura de Lemos, como una berruga en la frente de una muger hermosa, y más bien que como memoria de un período histórico sangriento y brutal, como una huella tortuosa y profunda marcada en el campo extenso y grande del progreso.

Yo podría levantar el plano de este aislado cerro que presenta la forma de un cono truncado, entre cuyas bases, según las sinuosidades de su superficie se halla la muralla de defensa con sus castillos ó torreones de trecho en trecho, incrustados en los mismos muros, que se acercan por el N. á la planicie superior huyendo de la sombra en invierno y se extienden despues por todos lados, ensauchándose á la luz de los rayos solares para dar cabida también á todo un pueblo esclavo del castillo de los condes de Lemos.

En la base superior de este promontorio cónico y como en el centro de su circunferencia, se eleva sin pretensiones el convento de San Vicente del Pino, con su sencilla fachada mirando al astro del día cuando se oculta en las montañas lejanas. A la izquierda de

este frontispicio, y á muy pocos metros de distancia, subsiste en pié un gran trozo del viejo y arruinado palacio de estos condes, cuyo título y propledades han pasado á la ilustre y antigua casa de los duques de Alva. A la derecha de esta misma fachada y guardando cierta simetría con el palacio y el convento, está el magnífico y soberbio castillo como en una ciudadela rodeado de otras torres y otros muros que en caso de imponente y brusca acometida enemiga, sería la guarida más segura de estos grandes señores feudales, personificación viva ó injusta de la *Fuerza* y del *Roder*, que han nacido en los siglos de la lucha contra los bárbaros, y se ha eclipsado en los siglos de los reyes absolutos, despues de haber venido al mundo un Alfonso X, llamado el Sábio, y un Alfonso XI, y despues de haber reinado un Fernando V de Aragon y una Isabel I de Castilla, llamados los reyes católicos, para dar el golpe de gracia á estos tiranos de la Edad-media.

Pues bien, yo representaria en este plano la planta de todos los muros, de todas las torres de este palacio, de este convento y de este castillo; de todas estas grandes obras del arte antiguo, y lo adornaria con curvas de nivel, que son las proyecciones que resultan al imaginar cortada la montaña por planos horizontales. Las intersecciones de estos planos con la superficie del cono proyectadas ortogonalmente, darian á conocer con exactitud y á simple vista las inflexiones é irregularidade del terreno y por su mayor ó menor distancia ó separacion, siendo estos cortes equidistantes, conoceriamos la menor ó mayor pendiente de este monte célebre en la Historia de Galicia, mejor dicho de este hinchamiento extraño y desconocido su medio de un valle extensísimo y rico como el de Monforte.

De paso que dibujaba estos viejos solares, no me olvidaria de otros edificios construidos y conservados dentro del recinto de las murallas. La villa en la actualidad se halla extendida por la llanura á uno y otro lado de las márgenes del Cabe, como un pequeño Paris por las márgenes del Sena, ó un pequeño Londres á orillas del Támesis, si se me permiten tales comparaciones. Faltan aqui palacios, fábricas, túneles y puentes de hierro sobre el rio; mas ¿quién sabe lo que será Monforte en el porvenir? ¿Qué fué la antigua Lutecia? ¿Qué fué la ciudad de Roma?

Yo podría en una palabra, representar el terreno topográficamente con sus tierras de labor y con sus viñas; con sus huertas y con sus árboles; con sus casas y sus hodegas; con sus peñascos y sus verdades dominándolo todo á vista de pájaro. Pero me falta el pincel de Fortunó ó el lápiz de Pellicer, y no me sería posible presentar un cuadro perfecto y como obra del génio de estos notables artistas contemporáneos.

Por precision, pues, tengo que recurrir á mi pobre pluma, si he de cumplir el encargo con que me honra el Sr. Vicetto. Y mirándolo bien, este medio es para mí el más fácil y el más expedito, aparte de ser el único de aplicacion en la REVISTA GALAICA, pues en poco tiempo puedo llenar de letras una docena de cuartillas que el atento é ilustrado redactor de este bien escrito periódico quinzenal, se tomará luego la molestia de enmendar y corregir, — y si recargo demasiado el color del cuadro con detalles de poca importancia, ya sabe que está autorizado para aumentar la luz si las ruinas se oscurecen, ó para dar el verdadero tono que requiere una descripción bien ordenada.

Dos adverbucias más y termino mi exordio.

Primero: recomiendo al lector que repase el número 1.º de esta REVISTA y en la «Tradiciones feudales de Galicia» hallará una leyenda del Sr. Vicetto titulada *La corona de fuego*, que dispensa muchos renglones á mi pálida pero exacta descripción Se-

gunda: no he podido hallar ninguna memoria de la fundacion del castillo de Monforte de Lemos, ni existe aqui, que yo sepa, tradicion ni dato particular de estas ruinas, y tengo que atenerme á lo que veo y dar el nombre á las cosas segun sean, con más ó menos propiedad, y se conozcan.

## II.

### Murallas del castillo.

Vamos á dar una vuelta completa en derredor de estas murallas. Nuestro paseo no es tan fácil ni tan cómodo, como podia suponer el lector si no se le advertiese que el camino de circunvalacion está en muchas partes por las nubes y tan alto no vamos á subir ahora. Hay, pues, que ver estas ruinas no á vista de pájaro sino de reptil, aunque nos separemos algun tanto, y nos veamos precisados á salvar algunos cierres de líneas particulares, si hemos de ir examinando el estado actual del castillo.

Para evitarnos trabajo y no pecar de difusos, que es á nuestro alcance el gran defecto de un escrito, no daremos detalles de tramo en tramo porque esto tambien sería pesado para el que escribe y más pesado aún para el que lee. Diremos de una vez que los lienzos de estos muros bajo el punto de vista del arte no tienen otro mérito que la íntima trabazon de sus pizarras, de sus granitos, y cantos rodados con el mortero endurecido y petrificado por los años: mampostería ordinaria y sólida, no tanto por el enlace y union de las juntas de sus piedras como por sus grandes y desproporcionados espesores respecto á la altura, al peso y al empuje que habrá tenido que resistir la obra.

Es verdad que no debemos olvidar una circunstancia. El feudalismo no tenia necesidad de economizar las piedras. ¿Qué le importaria al conde de Lemos la pizarra, el canto rodado, la arena, la cal y la agua del Cabe? ¿A eso *Meu Señor*, que le importó la mano de obra? ¿No tenia esclavos y siervos? ¿No tenia acero para sus armas? ¿No habia de tener hierro para las herramientas del trabajo; cuando le sobraba para las cadenas de sus calabozos ó de sus mazmorras y para los garfios de las almenas de su castillo? A estos señores de vidas y haciendas, de horca y cuchillo, nada les faltaba para ejercer un poder tiránico y cruel con una conciencia y un corazón endurecido en la sangre y en las lágrimas de sus vasallos. La idea humana no existia en el cerebro de estos magnates y aun hoy se distingue bien poco ó nada en la mente de los que se conceptúan llamados á gobernar los pueblos, entónces esta idea estaba oculta y como avergonzada en el seno de los municipios, de donde ha pasado á la inteligencia ruda, pero valiente y decidida, de los *hermanos de Galicia*, cuya campaña en la *guerra de los villanos* de que nos habla Vasco de Aponte, ha descrito con doble poesia el Sr. Vicetto, ya en los *Hidalgos de Monforte*, ya en *Historia de Galicia*. En la atmósfera de los castillos feudales, las ideas de los derechos del hombre, de la justicia, de la libertad y de la razon, se asfixiaban como se asfixia el alma en todo espacio corrompido.

Pero empecemos de una vez á caminar por las ruinas del castillo de los condes de Lemos, verdadera fortaleza inexpugnable en sus mejores días.

## III.

### Puerta del noroeste.

Est-mos en una de las entradas que se conservan en la muralla del castillo de Monforte, bautizada de Santo Domingo, por su aproximacion á un convento que fué de frailes dominicos y hoy iglesia

parroquial, llamada de la Régua, y cuartel de soldados. Esta puerta situada al N. O. es una de las principales y más concurridas en nuestros días, ya por su proximidad á la nueva población, ya por ser el paso más directo para llegar á la altura de San Vicente desde la plaza mayor de la villa. Su construcción es como la muralla de que forma parte, de mampostería ordinaria, con mortero. Tiene el ancho suficiente para el paso de los carros y termina en arco de círculo construido igualmente de mampostería, de rajuela, cuyas dovelas manejaría fácilmente un niño de pocos años, colocándolas como clave de este medio punto, de la misma manera que podía colocar hojas de papel ó astillas de madera en las juntas de las tablas de un piso antiguo del país.

Un boquete practicado en la muralla, y ocultándose entre los torreones abanzados como las aletas de un puente de mucho espesor y grande altura, es toda la magnificencia que se presenta á la vista del observador. Por este portillo no saldrían los soberbios y ricos condes de Lemos, cuando salían á caza, cuando salían á una fiesta señorial, cuando giraban visita á sus dominios, ó cuando iban acompañados de sus hidalgos, de sus escuderos y hombres de lanza para la guerra. Esta puerta oscura y humilde, aunque bien defendida, ser á indudablemente para el servicio del pueblo que vivía esclavo, envilecido y anulado ante la sombra de un tirano tan poderoso.

A uno y otro lado de los macizos que limitan el vano de que me ocupo, y cerca de los salmures del arco, se conserva una piedra saliente, en donde se apoyarían los ejes de los dos hojas de madera que debieron estar forradas con gruesas planchas de hierro, y aseguradas con clavos parecidos á los que se emplean hoy en las ruedas de los primitivos y pesados vehículos de nuestro territorio.

Los torreones de esta entrada, silenciosos y eternos centinelas de vanguardia, pesados como peñascos, duros como el cuerpo de aquellos guerreros, envejecidos y arruinados, llenos de tierra y de escombros, aún quieren, sin embargo, ser respetados por los hombres como han sido respetados por los siglos.

Por la parte superior de la bóveda y de estos torreones, se extienden ahora las ramas de una higuera alta, verde y lozana, plantada con inteligencia, ó nacida espontáneamente por feliz casualidad, en un huerto bien cultivado junto á la muralla entrando á mano izquierda y cuyas hojas cubren las imperfecciones de la fábrica, haciendo veces, en lo que alcanzan, de imposta caprichosa de coronación.

Nadie como la misma naturaleza para indicarnos la marcha indefinida y constante del progreso: ella quiere cubrir hasta la obra de aquellas épocas que pasaron para no volver, con nueva sabia y hermosa vegetación... ruinas que se abandonan y se oscurecen ante los adelantos de la ciencia, pero que se descubren á poco que se levante la última capa social y se remueva el polvo y las cenizas de aquellas edades.

Para terminar diremos que entrando por esta puerta hay á la derecha varias casas apoyadas en la muralla, y la primera tiene un alpendre ó cobertizo sostenido por columnas cuadradas de granito, de orden toscano, en donde se expendían las carnes y pescados para el consumo de la población y por lo que se llama también á esta puerta de Santo Domingo, puerta de la Pescadería.

JOSÉ M. HERMIDA

(Se continuará.)

## TAL VEZ.

Me acusas enojada, pretestando  
que yo no tengo fé,  
porque en mis tristes versos tu mirada  
hallá siempre un *tal vez*.

Yo creo en Dios. Mi amor y mi esperanza  
se fijan solo en El:  
explicame tú ahora, prenda mia,  
que más debo creer.

La duda de Shakespeare y de Montaigne  
es mi duda tambien:  
puede ser, ó no ser, todo en la vida;  
pero ¿es, ó no es?

Mi ternura, tu afecto, nuestra dicha,  
serán verdad *tal vez*.  
¡Ay! Déjame volar á otros hogares,  
y morir para ver!

TEODOSIO VESTEIRO TORRES.

Madrid, 1874.

## SEMBLANZAS GALAICAS CONTEMPORÁNEAS.

### D. RICARDO PUENTE Y BRAÑAS.

El Sr. Puente y Brañas (don Ricardo), ha escrito una leyenda titulada *En las montañas*, que, si bien por carecer completamente de acción dramática, no pertenece á este género de composiciones, en cambio, por su lenguaje correcto y poético, su versificación apacible y armoniosa, sus descripciones pintorescas y la grandeza de las imágenes, es una muestra de la brillante imaginación y el delicado gusto de su autor.

Pilar es una jóven que  
no languidece  
pese á sus horas al amor extrañas,  
y se forma entre el aura que la mece,  
cual rica perla, que olvidada crece  
bajo aquel océano de montañas.

Y es pálida la tez de su mejilla,  
y negro es el color de sus cabellos,  
y nacen en sus ojos los destellos  
de aquel fulgor con que la luna brilla  
porque envidiosa se ilumina en ellos.

Al preludiar una *romanza*, su voz que resue-  
na en el oído, se insinúa en el corazón,  
porque á su doliente canto  
quisieron también prestar,  
su armonía las florestas,  
y su misterio los montes,  
su espacio los horizontes  
y las aves su trinar.

La contemplación de su país natal á esas ho-  
ras de calma y soledad,  
cuando el sol sin rayos arde,  
é iluminado por la indecisa luz del alba de abril  
que hace tan grato  
cuando el día su fulgor dudoso  
pinta en el cielo que cubrió el celaje,

asistir al tocado misterioso  
 con que cambia natura su ropage,  
 despierta en su corazon el fervoroso sentimiento de  
 amor á la pátria, que tan pocas veces ha lucido  
 acompañando al renombre literario de nuestros  
 poetas, y entónces dice:

¡Nadie Galicia, como yo te adora!

¡nadie, cual yo, se goza en tu hermosura!

Pero no es este el único ramo de la poesia, re-  
 corrido por su génio privilegiado.

La epistola satírica dirigida á su amigo el se-  
 ñor Vicetto lo demuestra, pues si algo tiene de  
 comun con el resto de sus obras, es el amor á su  
 region, cuyas galas describe en aquel bellissimo  
 terceto:

¡Ven á Cambre á gozar: el áura es pura,  
 malizado el verdor, bello el paisaje,  
 árido el monte y gayá la llanura!

Hasta en el campo de la poesia mística, crecie-  
 ron para él nuevos y envidiables laureles.

Al aproximarse los dias señalados por la iglesia  
 para conmemorar el sacrosanto drama de nuestra  
 redencion,

. . . la muerte olvidó su afan mundano

para cantar al pueblo conmovido  
 la muerte que su vida ha redimido.

circunstancia que desmiente el carácter de impe-  
 dad y descreimiento achacado á la presente gene-  
 racion por esa raza hipócrita y figida, que no re-  
 conoce la verdadera uncion y la fé evangélica fue-  
 ra de esa moral aparente ó de formas, con que los  
 pueblos más depravados pueden encubrir un fondo  
 de maldades, como la diosa del mito griego ocul-  
 taba bajo la forma de criaturas las piedras que de-  
 bía devorar Saturno.

¡Con cuánta dulzura resonó sobre nosotros ese  
 apacible eco de la olvidada arpa bíblica que ilus-  
 traron Fray Luis de Leon y los primeros poetas  
 españoles!

Los sentimientos más nobles y generosos, las  
 afecciones más puras, en una palabra, el amor de  
 la pátria y la exaltacion en las creencias, resplan-  
 decen juntos en la poesia del Sr. Puente y Brañas.

Leed, sinó, la siguiente octava, que es una de  
 las que componen su reverente *Invocacion*:

Ya sabes que la fé de sus mayores  
 más conserva Galicia cada dia.  
 Resignada te implora en sus dolores  
 y risueña te ensalza en su alegría.  
 La falsa religion y sus errores  
 no invadieron jamás la pátria mia...  
 ¡Sólo sabe adorar la cruz divina  
 simbolo fiel de tu inmortal doctrina!

También merecen especial mencion sus *bala-  
 das*, con particularidad una titulada *Martirio de  
 amor*, que se recomienda por su lozania y poética  
 sencillez. Asi concluye:

—Te espera un martirio horrendo  
 que infeliz hará tu suerte.  
 —¡Dichosa me hará la muerte!  
 —No, que viviras muriendo,  
 y al fin en tristes desvelos  
 te matará tu dolor.  
 —¡Bien!... y moriré de amor..  
 —¡No!... que morirás de celos!

Generalizada en España la aficion á ese espec-  
 táculo escéntrico llamado *zarzuela*, que algunos  
 consideraron como el fundamento de la ópera na-  
 cional; nuestro amigo se ocupó en escribir un lí-  
 breto, cuya accion dramática se funda en una de  
 las páginas más conocidas de nuestra historia po-  
 lítica.

La eleccion no ha podido ser más natural y  
 acertada en quien, como el poeta gallego, cono-  
 ce perfectamente el riquísimo tesoro de nuestras  
 tradiciones, y sabe interpretar el expresivo silen-  
 cio con que hablan constantemente al alma en la  
 soledad de nuestros campos el menhir, el dolmen  
 y el barrow de los celtas, los lucus y las vias de  
 los romanos, el mito suevo, y los castillos del  
 tiempo del feudalismo.

El señor Puente y Brañas ha bebido su inspi-  
 racion en esta última época, dramática por exce-  
 lencia, y trasportándose en espíritu al siglo XIV,  
 evoca las sombras del conde de Lemos y del fe-  
 mentido abad de San Vicente del Pino, para reves-  
 tirlas con el aparato teatral y trasladar á la escena  
 la tradicion más horrorosa de nuestras montañas:  
 la de *La Corona de Fuego*.

Su obra abunda en situaciones de gran inte-  
 rés, el plan está bien concebido, y en su argu-  
 mento se hallan perfectamente caracterizados el  
 aristócrata soberbio y vengativo, y el abad hipó-  
 crita de la Edad media.

Posteriormente ha dado á luz otras varias pro-  
 ducciones dramáticas que, representadas en todos  
 los teatros de la peninsula con general aplauso,  
 aseguran á su autor una envidiable reputacion en  
 ese ramo de la literatura que tanto han ilustrado  
 los ingenios españoles, siguiendo la senda gloriosa-  
 mente trazada por Lope, Calderon y Moreto.

LEANDRO DE SARALEGUI Y MEDINA.

(Galicia y sus poetas—1871).

## LA VUELTA AL HOGAR.

Allá en el fondo del valle,  
 entre un bosque de castaños,  
 una cruz y una veleta  
 elevan sus negros brazos.  
 Ya la tarde que declina  
 despié al sol en su ocaso,  
 cuando á la cumbre del monte  
 trepando va un licenciado.  
 Con el polvo del camino  
 viene vestido de blanco,  
 y por el sudor cubierto  
 parece su rostro pálido.  
 Lleva la casaca abierta,  
 lleva la gorra en la mano;  
 y llevar parece el viento  
 sus apresurados pasos.  
 Las cruces y las veneras  
 van en su pecho saltando,  
 movidas por los latidos  
 del corazon del soldado.  
 Ya va llegar á la cumbre,

corre y descansa, que envano  
quieren servirle de aliento  
suspiros de largos años.  
Dos lágrimas de alegría  
se desprenden de sus párpados:  
ya descubrió la veleta,  
ya va por la cuesta abajo.  
Cruza la verde campiña,  
salva el arroyo de un salto,  
deja la senda trillada,  
y entre zanjás y barrancos  
aminora su camino  
por el escabroso atajo.  
La noche, amiga del triste,  
descorre su oscuro manto,  
y todo queda en tinieblas,  
bosques, veredas y prados.  
Ya por las huertas camina,  
ya va á trasponer el llano,  
cuando una luz macilenta  
parece salirle al paso.  
Es de un farol sostenido  
en la ermita del Rosario,  
abandonada capilla  
á los piés del campo santo.  
Mil pensamientos tristes  
por su memoria cruzaron,  
que desde que sirve ignora  
si tiene padres y hermanos.  
Detuvo en tanto su marcha,  
y en vez de cantar, rezando  
volvió á tomar la vereda,  
que era valiente y cristiano.  
Ya llegó por fin al sitio  
donde sus floridos años  
tan dichosos y felices  
como fugaces pasaron.  
Atraviesa por la plaza,  
los perros le van ladrando;  
y él triste y meditabundo  
cada vez acorta el paso.  
Va á dar la vuelta á su calle,  
cuando un perro de ganado  
después de espantar los otros,  
viene á lamerle la mano.  
—Ah fiel Pichon!—dice Lucas;  
y el perro va como un gamo  
á arañar en el postigo  
de sus primitivos amos.  
A los ladridos del perro  
sale un rollizo muchacho  
que abriendo el postigo grita:  
—Ay madre, madre, un soldado!  
—¿Qué se ofrece, forastero?  
—Buenas noches, perdonando.  
Vive aquí mi padre?—¡Cómo!...  
su padre dice, Dios santo!  
y llorando de alegría  
entra Lucas como un rayo,  
aquí repartiendo besos  
allá repartiendo abrazos:  
En un rincón hay dos niños  
que se miran expantados,  
hasta que su madre llega  
y les dice por lo bajo:  
ese es el tío Lucas.—Tío Lucas!  
tío Lucas! repiten ámbos.

—De quién sois hijos, mis prendas?  
Y la abuela sollozando  
contesta:—¿No los conoces?  
Son los retoños de Dámaso.  
—Y esta que ves, mi costilla,  
exclama alegre su hermano.  
Uno de los rapazuelos  
se va derecho á sus brazos  
para tocar la casaca,  
afán de todo muchacho.  
—De qué es esta cruz, tío Lucas?  
—Es el premio de un balazo  
que recibí en Cataluña.  
—Hijo infeliz! Pobre hermano!  
murmuran en derredor.  
—Y esotra?—Del Padre Santo;  
esta es la cruz del Bayoco  
que en Italia hemos ganado.  
—Ha visto al papa, abuelita!  
repite alegre el muchacho.  
—Y esta cinta colorada?  
—Es la cruz de San Fernando  
que me dieron en Madrid  
por las jaranas de marzo.  
—Y esta verde?—Es la esperanza  
que da la vida al soldado,  
es la licencia absoluta,  
el premio de largos años  
de fatigas y escaseces,  
de miserias y trabajos.  
Y así se pasó la noche;  
que á poco fueron llegando  
todos los mozos del pueblo  
á ver al buen licenciado.

EDUARDO GASSET Y ARTIME.

1853.

---

 RECUERDOS DE UN VIAJE POR GALICIA.
 

---

## Una romería en la Ulla-baja.

I.

En los calurosos meses del verano las iglesias y las ermitas del valle de la *Ulla baja* multiplican sus festividades religiosas. La devoción equivale al regocijo público: á la *misa del patron* sucede la *fulada* del soto. La misa mayor en los días de fiesta es una función manual, familiar. El coro de la iglesia está vacío: se echa de ménos al gaitero. Los aldeanos se acercan al altar mayor á arreglar la alba del sacerdote, á recoger el caliz, á guardar las vinageras, á pedir con el cepillo de las ánimas. A la salida de la misa el mayordomo sube al muro del átrio y presenta sus bandos de policía rural y de administración pública; la salida de los quintos ó la retención de los perros: es el *Boletín* de la parroquia. También anuncia un aldeano la venta de gallinas ó el extravío de cerdos: es el *Diario de avisos* de la aldea.

La misa de reliquia ó de patron es anunciada la víspera por el gaitero, y á la mañana siguiente por el repique de campana: tiene cohetes, procesion y baile al mediodía en el cruzero mayor. Los

mancebos *ganan* (1) á las mugeres sacudiendo sus castañuelas y removiendo la arena del suelo. Las doncellas dejan sus mantillas de paño y responden á un guiño imperceptible ó á una pisada vigorosa. La flauta y la gaita se persiguen en la *muñeira* para no lograr una reconciliación filarmónica. Los aldeanos se agrupan alrededor sin apercibirse del calor tropical que se desploma sobre sus cabezas. A la tarde vuelven á reunirse bajo los frondosos robles del soto, siguiendo los estrechos senderos de los sembrados, grupos bulliciosos de aldeanos, riendo, cantando, saltando. Es la doble romería del valle: por lo mañana al templo; por la tarde al bosque. Después de la oración fervorosa, la *cántiga* popular. Para los habitantes del valle, una fecha religiosa es un aniversario de familia. El gaitero señala á su antojo el salón del baile. Los ancianos recuerdan; los jóvenes olvidan; los niños escalan los troncos de los árboles ó persiguen las varas de los cohetes apagados que vuelven al soto. Los giros monótonos de la *muñeira* se renuevan hasta el anochecer. El baile se deshace al tibio resplandor del *véspero*. El campo no conoce largas veladas para el placer. El trabajo despierta á los aldeanos durante la aurora. Se acuestan cuando se remonta la luna sobre el horizonte. La cestilla de la comida campestre, vuelve vacía al hogar doméstico sobre la cabeza de las aldeanas: la *cofia* (2) de la *fulbada* vuelve empolvada sobre las trenzas sudorosas de las doncellas.

La romería de un santuario es un solemne holocausto, una ingénuo ovación, una cita religiosa que no olvidan los habitantes del campo. La capilla de *los Dolores*, en *Tomoude*, agrupa á su alrededor, en los primeros días de setiembre, una muchedumbre devota y bulliciosa. Falta templo para la devoción de los romeros; falta átrio para el regocijo de los aldeanos; falta soto para el baile de los mancebos. La romería no cabe en el santuario.

## II.

Desde la víspera, el repique de una pequeña campana anuncia la festividad de *los Dolores*. El valle enmudece para escuchar el tañido de un esquilon. La suave luz del crepúsculo cae sobre la ermita como un velo nupcial: son los desposorios de la religión con la vega. A la incierta claridad del crepúsculo, se distinguen grupos misteriosos en los senderos de los maizales; en las veredas de los repechos, entre la espesura de los sotos, á orillas del río sobre las enjutas tablas de una barca: son familias que cambian sus hogares durante un día, aldeanos que entretienen con los cantares las horas de la fatiga, romeros que velarán el sueño de la capilla durante las tranquilas horas de una noche de otoño.

A la mañana siguiente un numeroso gentío puebla los alrededores de la iglesia. ¿Dónde se esconde en el resto del año? ¿De dónde ha venido? ¿Cómo ha llegado antes del amanecer? El trabajo esparce á los aldeanos en las quebradas de las vertientes, en las cimas de las montañas, en los muros inseguros de las pesqueras, en el remanso de los cauces, en la

espesura de los sotos, en las veredas de las ciudades: vuelven al hogar doméstico á la madrugada ó al anochecer. La religión, que es para el valle la fé, el sentimiento, el descanso, agrupa á los aldeanos, una vez al año, en el átrio de la iglesia parroquial ó santuario municipal.

A la devoción sigue el regocijo. En la cercana robleada descansan sobre carros algunas pipas de vino. Preceden al átrio cestillas de frutas y roscas de huevo. Sobre sábanas blancas se venden escaparios, romances y medallas benditas: lo espiritual mezclado con lo temporal. Los grupos de mancebos vestidos con sus pardas chaquetas y monteras enalanadas con plumas de faisán y pavo real, se deshacen al desfilar algunos habitantes de la ciudad, cabaleros en sus mulas. Las servilletas blancas de las *caravelas* (1) hacen resaltar los vivos colores de los paraguas de agodón. Entre los elevados maizales se distinguen prolongadas hieras de aldeanos; bajo las frondosas copas de los árboles se descubren numerosas comitivas de romeros que llegan á la iglesia, cantando y bailando al son de la flauta.

El sol reverbera sobre la arena sus rayos calurosos. Pasan los gaiteros. Se apiñan los aldeanos en el átrio. Cesan las misas rezadas. Los romeros se atascan en la puerta de la iglesia. El esquilon repica: el bombo y tamborcillo atruenan. Los almuerzos cesan, los diálogos se interrumpen, los cantares se aplazan, las *cofias* se arregan. Se improvisa un altar en la puerta de la ermita: se coloca la efigie de la *Virgen de los Dolores* debajo de alero de la iglesia. El átrio y el soto se convierten en templo: el templo se convierte en coro detrás de la tar. Las cabezas se descubren. Ha llegado la hora de la *misa mayor*. Desde el interior de la ermita se reconoce un numeroso concurso que se precipita sobre el átrio, impelido por la corriente de aldeanos, que se entumece hasta acercarse al altar. La romería ofrece un espectáculo sublime. Su templo es el campo. Comprende el dolor maternal en medio de una pródiga y exuberante naturaleza. La encendida arena del suelo no abrasa las rodillas de los aldeanos entregados al fervor religioso. La oración sacerdotal se eleva sobre el altar vaga y lentamente, sin el eco de las bóvedas y la transmisión del viento. Es una festividad religiosa que suspende el ánimo y embelesa la fantasía, ataviada con las galas del valle. Sus cirios son los reflejos del sol, su órgano es el lejano torrente descubierto por el silencio de los aldeanos, su orquesta el gorgojo de los pájaros, la bóveda de su templo es el purísimo azul del cielo.

Terminada la *misa mayor*, la procesión recorre el atrio de la capilla entre el estruendo de los cohetes, el tañido de la campana y los acordes de las gaitas y flautas, acompañadas de bombo y tamboril. Los aldeanos acompañan á la efigie de la Virgen con religiosa veneración. Innumerables cabezas siguen con la vista el círculo formado por la procesión alrededor de la iglesia. Una muchedumbre apiñada ocupa el átrio, se levanta sobre su muro, interrumpe las avenidas y se estiende por los alrededores. La romería presenta, á guisa de jubi-

(1) Solicitan.

(2) Una especie de toca de las aldeanas.

(1) Cestas.

leo, sus fuegos artificiales. Ya han llegado al valle los globos areostáticos, y los *purchinelas* de papel y engrudo. El periodismo político del día anterior que es el periodismo en el civido, se emplea en distraer á los aldeanos. Un general... de fantasía, barrigon y giboso, relleno de pólvora y ensopado en agua-rás, tiene la debilidad de reducirse á pavesas. á la luz del día, después de algunos coheteros que se entretienen en alejar la concurrencia.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUEMA.

Setiembre, 1851.

(Se concluirá).

## MI INSPIRACION.

### I.

Quando hice resonar mi voz primera  
fué en una noche tormentosa y fría:  
un peñón de la cántabra ribera  
de asiento me servía:  
el aquilón silbaba,  
la playa y la campiña estaban solas,  
y el océano rugidor sus olas  
á mis piés estrallaba.

No brillaban los astros en el cielo,  
ni en la tierra se oía humano acento:  
estaba oscuro, silencioso el suelo,  
y negro el firmamento.

Sólo en el horizonte  
alguna vez relámpagos lucían,  
y al mugir de los mares respondían  
los pinares del monte.

Fuera ya entónces cuando el pecho mio,  
lanzado allá de la terrestre esfera,  
vió que el mundo era un árido vacío,  
el bien una quimera.

Nunca un placer pasaba  
blando ante mí, ni su ilusión mentida,  
y el peso enorme de una inútil vida  
mi espíritu agoviaba.

Quise admirar del mundo la hermosura,  
y hallé do quiera el mal. De amor ardía,  
y nunca á mi benévola ternura  
otro pecho se unía.

Sólo y desconsolado,  
cantar quise á la tierra mi abandono,  
mas ¿dó tienen los hombres voz ni tono  
para un desventurado?...

Al destino acusé y acusé al cielo  
porque e-te corazón dado me habían;  
y de mi queja, y de mi tri-te anhelo  
los cielos se reían.

¿Dó acudir? . . ¡ay!... Demente  
visitaba las rocas y las olas  
por gozarme en su horror, llorar á solas  
y gemir libremente.

### II.

Un monumento á mi lánguido gemido  
otro gemido respondió lejano,  
que sonó por las rocas cual graznido  
de acuático milano.

De repente se tiende  
mi vista por la playa procelosa,  
y de repente una vision pasmosa  
mis sentidos sorprende.

Alzarse miro entre la niebla oscura  
blanco un fantasma, una deidad radiante,  
que mueve á mí su colosal figura  
con pasos de gigante.

Reluce su crebeza  
como la luna en nebuloso cielo:  
es blanco su ropage, y negro velo  
oculta su belleza.

Que es bella, sí: de cuando en cuando el viento  
alza fugaz los móviles crespones,  
y aparecen un rápido momento  
celestiales facciones.

Pero nube de espanto  
tíñó de palidez sus formas bellas,  
y sus ojos, luciendo como estrellas,  
muestran reciente el llanto.

Cual mango de agua que aquilón levanta  
en los mares del Sur, así camina,  
y sin hollar el suelo con su planta  
a mi escollo se inclina.

Llega, calladamente  
en sus brazos me cñe, y yo temblando  
recibi con horror ósculo blando  
con que selló mi frente.

El calor de su seno palpitante  
tornóme en breve de mi pasmo helado:  
creí estar en los brazos de una amante,  
y ..—«¿Quién, clamé arrobado,  
quién eres que mi vida  
intentas reanimar, fúnebre objeto?  
¿calmarás tú mi corazón inquieto?  
¿eres tú mi querida?»

¿O bien descendes del eliseo coro  
sota y envuelta en el nocturno manto,  
á ser la compañera de mi lloro,  
la musa de mi canto?

Habla, vision oscura;  
dame otro beso y muéstrame tu lira:  
de amor ó de estro el corazón inspira  
á un mortal sin ventura.»

— «No, me responde con acento escaso,  
cual si exhalara su postrer gemido;  
nunca, nunca los ecos del Parnaso  
mi voz han repetido.

No tengo nombre alguno,  
y habito entre las rocas cenicientas,  
presidiendo al horror y á las tormentas  
que en los mares reúno.»

«Mi voz sólo acompaña los acentos  
con que el a ción en su viudez suspira,  
ó los gritos y lánguidos lamentos  
del naufrago que espira.

Y si una noche hermosa  
las playas dejó y su pavor sombrío,  
sólo la orilla del cercano río  
paseo silenciosa.»

«Entro al vergel, so cuya sombra espesa  
va un amante á gemir por lo que adora:  
voy á la tumba que una madre besa,  
ó do un amigo llora.

Pero es vano mi anhelo;  
sé trocar en ternezas mis terrores,  
sé acompañar el llanto y los dolores  
mas nunca los consuelo.»

«Ni á ti, infeliz: el dedo del destino  
trazó tu oscura y áspera carrera,

yo he leído en su libro diamantino  
la suerte que te espera.

A vano, eterno llanto  
te condenó, y a fúnebres pasiones,  
dejándonos sólo los funestos dones  
de mi amor y mi canto.»

«De ébano y concha ese laud te entrego  
que en las playas de Albion hallé caído;  
no empero de él recobraré su fuego  
tu espíritu abalido.

El rigor de la suerte  
canta-ás sólo, inútiles ternuras,  
la soledad, la noche y las dulzuras  
de apetecida muerte.»

«Tu ardor no será nunca satisfecho,  
y sólo alguna noche en mi regazo  
estrechará tu de-mayado pecho  
iluso aéreo brazo.

¡Infeliz si quisieras  
realizar mis fantásticos favores!  
pero ¡mas infeliz si otros amores  
en ese mundo esperas!»

### III.

Diciendo así, su inanimado beso  
tornó á imprimir sobre mi lábio ardiente,  
quise gu- lar su fúnebre embeleso,  
pero huyó de repente.

Voló: de mi presencia  
desapareció cual ráfaga de viento,  
dejándome su lúgubre instrumento  
y mi fatal senteacia.

Ay! se cumplió: que desde aquel instante  
mi cáliz amargar plug- á los cielos,  
y en vano á veces mi nocturna amante  
volvió á darme consuelos.

Mis votos más queridos  
fueron siempre tin-anas privaciones,  
mis afectos, desgracias ó ilusiones,  
y mis cantos, gemidos.

En vano algunos días la fortuna  
ondeó sobre mi faz gayos colores:  
en vano bella se meció mi cuna  
en un Edén de flores;  
en vano la belleza  
y la amistad sus dichas me brindaron:  
rápidas sombras ¡ay! que recargaron  
mi sepulcral tristeza!..

Escribo está que este interior veneno  
roa el placer que devoré sediento,  
canta, pues, los combates de mi seno,  
infernál instrumento.

Destierra la alegría  
que nunca pudo á su region moverte,  
y exhala ya tus canticos de muerte  
sin tono ni armonía.

Y tú, amor, si tal vez te me presentas,  
no pintaré tu imagen adorada;  
describiré el horror de las tormentas  
y mi vision amada.

En mi negro despecho  
rocas serán mis campos de delicias,  
languidas agonías mis caricias  
y una tumba mi lecho.

## GALICIA ZOOLOGICA.

### EL LOBO NEGRO.

(Continuacion)

Segun M. Rochet de Héricourt, se usa el po'vo en una cucharada de miel, que se da por la mañana en un momento de calma, lo mismo al hombre que á los anima es, produciendo vómitos y abundantes evacuaciones de vientre. A pesar de todo, deben mirarse con cierta prevencion los remedios no apoyados en hechos evidentes; pero no llevarla tan allá que desechemos sin criterio lo que nos puede ser de grande utilidad.

*Caza.* Varios son los medios de que se han valido en todos tiempos para exterminar al lobo; pero nosotros expondremos tan s lo aquellos de que se obtuvieron más ventajosos resultados.

Las trampas, el fusil de acecho, las monterías y los venenos, son los más usados. Principiaremos por estos últimos. Para esto se elige un perro muerto, se le hacen varios incisiones longitudinales algo profundas, en distintos puntos del cuerpo, se hecha en ellas una cantidad suficiente de nuez vómica en polvo, despues se reunen los labios de las heridas y se laban con agua, en la cual se haya puesto á infundir menta ú otra planta aromática, unas horas antes de usarla para que desaparezca todo mal olor, que podria arredrar al lobo de comerlo. Es conveniente poner por cebo un perro, porque como estos no comen la carne de sus semejantes se evita que los de la comarca sean víctimas en vez del lobo. Se elige un sitio apartado de los lugares que frecuenta el hombre; generalmente á orillas de los rios, á la entrada del bosque en que se supone habita la fiera. Sabido que á los lobos y zorras les gusta mucho el olor del alcanfor, para que no se aperciban de la presencia del hombre, será conveniente en vez de zapatos, poner unos zuecos nuevos frotándolos con esta sustancia.

En Alemania usan los arenques para frotar los zuecos y manos, en la conviccion de que acuden á este olor. No debe desmayarse al ver pasar día tras día y que el perro permanece intacto; ellos vendrán como no se mueva el cadáver, se acostumbrarán á verlo en el mismo sitio, hasta que al fin pierdan el recelo y lo coman, aún cuando esté podrido, sobre todo en invierno que es la mejor época, cuando las nieves les privan de todo alimento. Se ha observado que el arsenico, veneno tan violento para el hombre y otros animales, hace el efecto de un vomitivo fuerte para el lobo y perro. Hoy día se usa con ventaja del principio activo de la nuez vómica (*Estricnina*) que con mucha menor dosis surte más pronto efecto, pues así como necesitamos una libra de nuez vómica, con dos granos de estricnina, hay lo suficiente para conseguir el objeto que nos proponemos.

Y ahora que hablamos de la estricnina, no debemos pasar en silencio la práctica tan inmoral como peligrosa de echar por las calles de las poblaciones *morcallas* con esta sustancia, causando la indignacion de toda alma sensible y pudiendo traer consecuencias fatales para los inocentes niños, ó disgustos de consideracion por parte de los dueños

de los animales. Además, ni se aviene con la sensibilidad de las demás el presenciar escenas tan inhumanas, ni creemos el mejor medio de inculcar los principios de protección á unos animales tan útiles y leales exterminándolos de un modo tan inconveniente. Mejor sería que el Gobierno tomase otras medidas, dictando reglamentos como en Francia, Inglaterra, Alemania y otros países que, saben hacer de los animales unos seres útiles y no víctimas (1).

La fosa de lobos tiene diez piés de profundidad seis de diámetro en la boca y ocho en el fondo, dando mayor capacidad al fondo para evitar que pueda escaparse de un brinco: la tierra que se saca al hacer la fosa, debe trasportarse lejos de allí para que no se aperceba: la boca se cubre con palos delgados, hojas secas, musgo y ramaje, colocados de modo que no llame la atención de la fiera, y cuidando al propio tiempo, de que no resista el peso de un perro sin hundirse. Conviene colocar dos palos en cruz encima de los cuales, después de bien cubiertos, como llevamos dicho, se pone un perrito ó trozo de carne para que acuda al olor, por que si esperamos á que pase el lobo para caer en la trampa, puede suceder muy bien que no lo consigamos jamás.

Abierta la fosa debe notificarse á los vecinos precisando el sitio para evitar desgracias y visitar la todos los días, no tanto con objeto de ver si cayó el lobo, como por si algun viajero tuvo la desgracia de pasar por allí que no carezca de recursos para salvarse.

La empalizada (2) es un medio tan ingenioso como seguro y que cubriéndolo con rastrojo, como se hace con las cabañas de los parques ingleses, se conserva por muchos años, como se haya tenido la precaucion de quemar la parte introducida en la tierra; además sirve durante el verano de cenador rústico, colocando alrededor macetas y enredaderas y dentro un asiento. Durará más si se construye en la primavera; y si en verano, en vez de destinarla á cenador se hacen permanecer algunas horas, de noche por ejemplo, un par de corderos, va adquiriendo cierto olor á coral, que engaña más facilmente á los lobos.

VICTOR LOPEZ SEOANE.

(Se continuará).

### ¡IMPOSIBLE!

¿Qué me acuerde de tí, mujer querida?

¿Qué me acuerde de tí?

(1) La Ley Grammont, de 2 de Julio de 1852, tiene por objeto, mejorar la desdichada condicion de los animales, prohibiendo que se les maltrate, é imponer severos castigos á los trasgresores. En ella se nota el lugar preferente que dan al perro, ya por los servicios que presta, ya por ser el más familiar y sumiso al hombre.

En Inglaterra existen sociedades con objeto de recoger los perros abandonados, y lo mismo sucede en otros países, en que por filantropía se dedican en tan meritoria ocupacion, además de los reglamentos y leyes que tienen por objeto proteger á los animales.

(2) Descrita por M. Verardi, bajo el nombre *Tour á loups* pag. 60 planch. 1. fig. 1.

¿Cómo olvidar la vida de mi vida?

¿Cómo olvidarla? D.

Las flores pueden olvidar su esencia;  
las aves su volar;  
el rayo desprendido su potencia;  
sus rúgidos el mar.

Podrá tu corazon, niña hechicera,  
olvidarse de mí;  
pero yo no podria, aunque quisiera,  
olvidarme de tí.

VICTORINO NOVO Y GARCIA.

Habana—1873.

## LA BARONESA DE FRIGE.

XIII.

En la soledad del océano.

¿Quién nos detendría, Dios mio? ¿En dónde buscaríamos ámbos punto de apoyo sinó en la ausencia? Es indudable que la gran victoria en cierto género de batallas consiste en la fuga, pero ¿cómo huir ya de aquel bote, como huir ya de aquella sirena encantadora?

Ah! si en aquel momento hubiera estado en tierra, yo hubiera huido de Frige pues me sentia con valor para ello, pero solos los dos allí, en pleno océano, sin ver nada que nos recordara el mundo y por consiguiente nuestros deberes, diríase que Satanás habia preparado aquella situacion tentadora para impulsarme á una accion abominable. Algunas veces nuestros pensamientos y nuestras acciones, no parecen propios de nosotros mismos; no parece sinó que una voluntad superior los prepara y consuma sin que tengamos conciencia casi de lo que hacemos. El vulgo expresa esto imperfectamente en su lenguaje intencionado: *la ocasion hace al ladrón*.

Oh, Florentina! quise invocar tu memoria en aquellos instantes, pero tu imagen no tenia fuerza alguna para mí, pues el Tiempo obra sobre los dolores del alma como el ópio sobre los dolores del cuerpo, y tu recuerdo no mandaba ya traccion, ni heria en nada mi sentimiento, como si no hubieras existido, como si la vida de ámbos hubiera sido un sueño y nada más que un sueño. Después de tu muerte, Piedad venia á ser una gran ráfaga de luz esplendorosa que iluminaba completamente la caverna oscura de mi alma, reviviéndola para la vida de la pasion y del deleite: era un rayo de sol sobre una tumba, cuya fuerza de luz borraba hasta las letras del epitafio.

Como navegábamos á un largo sobre el cristal apenas móvil de la mar, pronto nos vimos tan lejos de la costa que casi no distinguíamos el aterciopelado color verde-oscuro de las montañas del Seno de Nemiña, sinó como perfiles nebulosos en la cerrazon del horizonte. La punta Norte del cabo de Touriñan quedaba á nuestra derecha como un gigantesco men-hir ó monólito envuelto en su plaid de brumas; y el picacho Oeste del cabo de Finisterre, más claro y monótono, quedaba á nuestra izquierda como el último término del globo, que parecia huir y huir de nosotros para acentuar más la soledad en que nos hallábamos. Todo revestia las for-

mas de un ensueño para los dos, y hasta diríamos que el cielo huía de nuestra vista como la tierra.

Entonces—sólos en la inmensidad magestuosa del océano, entre las vieblas diáfanos y los sobrosados reflejos que se encendían en torno de uno con un centelleo suavísimo, diríase que aspirábamos algo misterioso de vaguedad y vacío que entorpecía la acción de nuestras facultades afectivas, predisponiéndonos á un enervamiento irresistible y á una especie de evaporización espiritual.

Aquel languidecimiento era tan común á ámbos que la baronesa mandó bajar la vela.

—Qué! vamos á cambiarla? le pregunté.

—No,—me contestó con un timbre de voz tiernísimo;—vamos á quedarnos un poco así... Me place esta soledad del mar, y quiero darme á adormecer un poco por la inexplicable tranquilidad que infiltra en mi espíritu.

Y suspendió el timón, sumamente ligero y manejable; y el bote empezó á mecerse á voluntad del terral que rizaba las olas, con un balance tenuamente muelle y halagador.

Ahí yo que anhelaba encontrar luz en aquel caos, casi no me atrevía á mirar directamente á Piedad, y profundizar de una mirada el estado de su alma, la emoción en fin que la abatía. Completamente enervado por el sensualismo que me inspiraba aquella belleza, y más me allí, sola conmigo, *entre el cielo y el mar*, mis pupilas querían fijarse en las suyas y me faltaban fuerzas para tanto;—pues al pretenderlo alguna que otra vez y ver siempre á la baronesa pensativa y reclinada con abandono sobre los cogines de popa mirándome turbada y casi con la misma enervación, la fijeza de mi mirada se desvanecía en el azul vivo de sus ojos, que centelleaba para mí como foco del azul tremulo del mar y del azul inmóvil del cielo. Yo no la veía, pues, cuando lo pretendía; yo la vislumbraba. En aquellos instantes parecía Piedad para mí un ideal, no una realidad. Si me hallara lejos de ella, me hubiera sucedido lo contrario; la modelaría en la sustancia más purísima de mis ideas. Allí, frente á ella, me conturbaba deslumbrándome. ¿Cómo explicar esta singularidad en la fisiología de la pasión que me aplanaba, cuando mi cerebro se sentía incapaz de concebir una idea y sólo me sentía revivir de sensación en sensación, cuyas sensaciones podían eslabonarse ó resumirse en una tan sólo? ¿Era, acaso, que mi organismo no podía entrar en *vibración armónica* con Piedad, como diría un magnetizador, debido tal vez á que en ella no existía la misma preparación combustible que en mí? Oh! aunque me lo aseguraran no lo creería. Había en el fondo de mi alma tanta fé, tanta confianza respecto á la reciprocidad amorosa de la baronesa que, como si me constara que nuestras personas estaban unisonas, es decir, que nuestros filamentos nerviosos se hallaban igualmente commovidos; como si me constase en fin por una iluminación sobrenatural que el amor había nacido de repente en Piedad de una sola mirada, me levanté de pronto del asiento que ocupaba en la proa y me dirigí lenta y vertiginosamente hacia popa:—el esclavo rompía su cadena.

Una vez junto á *mi señora*, como si no supiera lo que hacía, como si una fuerza superior dominara mis sentimientos y mis acciones, tuve la locura, aun hoy inexplicable para mí, de poner mi mano sobre una de las suyas.

Esta inspiración ó actitud mía, apremiada ó no las vibraciones armónicas del cuerpo y por consiguiente la semejanza de impresiones y de pensamientos entre ámbos, fué decisiva;—pues Piedad no retiró la suya, ni entreabrió el carmin de sus labios para dirigirme un reproche.

Hubiérase dicho que la trasfusión de la sangre

era completa, y que yo empezaba á vivir en su vida y ella en la mía.

La paloma caía en las garras del milano sin que nada pudiera salvarla allí, entre el mar y el cielo! Caía, caía sin que ella misma consiguiera darse cuenta del imanismo ó imantación que la empujaba dulcemente; sin fuerzas para resistir; rendida, lánguida, enervada, amante.

Un suspiro velado, apenas perceptible, se escapó tan sólo del levantado seno de Piedad, cuyas palpitaciones sucesivas diríase que la afixaban. Después, se agitó su cuerpo levemente, como si al impulso de una armonía ó vibración nerviosa se commoviera de voluptuosidad;—y sus ojos azules me miraron embelesados, brillando como relámpagos entre sus largas pestañas negras.

Ah! yo me sentía loco de embriaguez! Aspirando cerca de la baronesa el perfume de sus cabellos, el jazmín purísimo de su boca, su atmósfera inflamable en fin, sentía que la sangre circulaba por mis arterias en corrientes de fuego, y que aflua á mi corazón y se agolpaba á mi cerebro en redoblados remolinos como si fuera á perder para siempre su actividad regulada.

Yo la miraba, la miraba en lo profundo de sus ojos con mis ojos radiantes, enagenados, abrasadores, encendidos como luceros, al impulso de la vertiginosidad voluptuosa que me arrebatava;—y Piedad estaba más bella que la inspiración de Murillo; sobrecitada, espléndida, iluminada de amor,—destacándose insinuosamente su rostro expresivo del fondo nítido de una aureola de luz.

La fuerza misteriosa que se comunicaban nuestras almas era irresistible para ámbos en aquella delectación sensual en que no nos dábamos más cuenta de nosotros mismos que en nosotros; y para nosotros. Ni la mar parecía mecernos, ni el cielo cobijarnos, ni el recuerdo de la tierra—realidad temible—contenernos en la explosión embriagadora de nuestras almas: el pensamiento nos había abandonado, y sólo vivíamos y sentíamos en el fluido eléctrico de nuestras miradas como si fuera una sola mirada permanente, siempre actualísima, siempre fuente de toda vida del espíritu para ámbos.

Yo estaba todo en ella y ella toda en mí. sojuzgados los dos completamente por una fascinación ineluctable.

Semejante situación era insostenible para nosotros sin aniquilarnos, y debía tener un término ineludible porque una llama abrasadora atravesaba nuestros organismos, ola tras ola de fuego. La adorada cabeza de Piedad osciló por fin un momento; sus ojos concentraron un radio de su luz, volviendo á dilatarlo nueva y rápidamente; la rosa de sus labios se entreabrió por un instante dejando ver la uacar admirable de su dentadura, donde pareció idealizarse un suspiro trémulo y apagado; su mano se crispó debajo de la mía quemándome como una brasa, y ella se inclinó pálida sobre uno de mis hombros como inconsciente, como si no tuviera conciencia de lo que hacía, como si la fuerza ardiente de la sangre pudiera mas en ella que la fuerza fría de la razón.

Era indudable que nuestras almas se compenetraran.

Entonces vibrante de sentimiento en la embriaguez de mi triunfo que veía inminente,—extendí los brazos y abracé contra mi pecho la realidad de mi idealización sensual en la noche última.

B. VICETTO.

(Se continuará.)